

DE POETAS

# Thamar y Amnón



FEDERICO GARCÍA LORCA

La luna gira en el cielo  
sobre las sierras sin agua  
mientras el verano siembra  
rumores de tigre y llama.  
Por encima de los techos  
nervios de metal sonaban.  
Aire rizado venía  
con los balidos de lana.  
La sierra se ofrece llena  
de heridas cicatrizadas,  
o estremecida de agudos  
cauterios de luces blancas.

Thamar estaba soñando  
pájaros en su garganta  
al son de panderos fríos  
y cítaras enlunadas.  
Su desnudo en el alero,  
agudo norte de palma,  
pide copos a su vientre  
y granizo a sus espaldas.  
Thamar estaba cantando  
desnuda por la terraza.

Alrededor de sus pies,  
cinco palomas heladas.  
Amnón, delgado y concreto,  
en la torre la miraba,  
llenas las ingles de espuma  
y oscilaciones la barba.  
Su desnudo iluminado  
se tendía en la terraza,  
con un rumor entre dientes  
de flecha recién clavada.  
Amnón estaba mirando  
la luna redonda y baja,  
y vio en la luna los pechos  
durísimos de su hermana.

Amnón a las tres y media  
se tendió sobre la cama.  
Toda la alcoba sufría  
con sus ojos llenos de alas.  
La luz, maciza, sepulta  
pueblos en la arena parda,  
o descubre transitorio  
coral de rosas y dalias.

Linfa de pozo oprimida  
brota silencio en las jarras.  
En el musgo de los troncos  
la cobra tendida canta.  
Amnón gime por la tela  
fresquísima de la cama.  
Yedra del escalofrío  
cubre su carne quemada.  
Thamar entró silenciosa  
en la alcoba silenciada,  
color de vena y Danubio,  
turbia de huellas lejanas.  
Thamar, bórrame los ojos  
con tu fija madrugada.  
Mis hilos de sangre tejen  
volantes sobre tu falda.  
Déjame tranquila, hermano.  
Son tus besos en mi espalda  
avispas y vientecillos  
en doble enjambre de flautas.  
Thamar, en tus pechos altos  
hay dos peces que me llaman,  
y en las yemas de tus dedos  
rumor de rosa encerrada.

Los cien caballos del rey  
en el patio relinchaban.  
Sol en cubos resistía  
la delgadez de la parra.

Ya la coge del cabello,  
ya la camisa le rasga.  
Corales tibios dibujan  
arroyos en rubio mapa.  
¡Oh, qué gritos se sentían  
por encima de las casas!  
Qué espesura de puñales  
y túnicas desgarradas.  
Por las escaleras tristes  
esclavos suben y bajan.  
Émbolos y muslos juegan  
bajo las nubes paradas.  
Alrededor de Thamar  
gritan vírgenes gitanas  
y otras recogen las gotas  
de su flor martirizada.  
Paños blancos enrojecen  
en las alcobas cerradas.  
Rumores de tibia aurora  
pámpanos y peces cambian.

Violador enfurecido,  
Amnón huye con su jaca.  
Negros le dirigen flechas  
en los muros y atalayas.  
Y cuando los cuatro cascotes  
eran cuatro resonancias,  
David con unas tijeras  
cortó las cuerdas del arpa.